Las Ideas Políticas de Rubén Darío

I

NO me propongo aquí hacer un análisis de las relaciones que existen entre la vida real, el medio social y las obras de Rubén Darío. Tal análisis no tendría muy buen éxito en este caso especial: no se puede hallar en las obras de Rubén Darío una enciclopedia de la vida iberoamericana. Los asuntos estrictamente económicos y sociales no le preocuparon ni interesaron profundamente.

Pero la política y la poesía —o mejor dicho, la “política” y los poetas— dependían, y aún dependen, en la América ibera, una de otra —y éstos de aquélla... En el siglo XIX, según lo dijo Eliseo Reclus, la América “latina” —que él desconocía— era un vasto continente que únicamente cantaba (si bien, como Alberdi lo hizo notar, con sobrada malicia y poca justicia, su “poesía estaba en todas partes, menos en los poemas”)... Por eso no es de extrañar que, si por un lado el sabio realista Sarmiento escribía poesías, el romántico Rubén Darío, poeta, diplomático y periodista, no se apartaba de la política. No puedo estar de acuerdo con Leopoldo Lugones, quien declaró que Darío era “nada más que poeta, nada más que estrella” y que es completamente imposible encontrar en sus obras “una prescripción política”. El problema de América —el futuro de este continente y su destino político— ocupó a menudo sus pensamientos.

II

Algunos críticos pintan a Rubén Darío como poeta del odio nacional o racial, como profeta y conductor del movimiento "antiyanqui"; ellos, y quienes los siguen, hacen resaltar el hecho de que su famosa "Oda a Roosevelt" (que Darío llamó alguna vez "inocente dardo lírico"), llegó a ser canto popular en las escuelas de Iberoamérica, y se refieren a ella diciendo que es el más claro manifiesto del movimiento antiyanqui. Según dicen los propagandistas, ni aun el apasionadísimo Manuel Ugarte, ni Blanco-Fombona, ni Vargas Vila, pudieron hallar tal estilo ni tales palabras; nadie dió la escueta fórmula, como Darío:

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?

Todo el peligro yanqui, y el temor a "los hombres de ojos sajones y alma bárbara", y "el futuro invasor", quedaron expresados en la "Oda a Roosevelt"... Además, en otra ocasión, y víctima de un fuerte ataque de pesimismo, en el prefacio a *Cantos de vida y esperanza*, afirmó Darío: "Si en estos cantos hay política, es porque aparece universal. Y si encontráis versos a un presidente, es porque son un clamor continental. Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable)".

Pero Darío se daba buena cuenta del brillo de los Estados Unidos en algunos de sus aspectos. No le pasaba inadvertida la grandeza material de la gran república del Norte:

Los Estados Unidos son potentes y grandes... sois ricos,
y por eso sentía no sólo el deseo, sino la necesidad de aprender de ella muchas cosas:

Tráenos los secretos de las labores del Norte,
Y que los hijos nuestros dejen de ser los retores latinos,
Y aprendan de los yanquis la constancia, el vigor, el carácter.
Aguila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes alturas.
Los Andes le conocen y saben que, cual tú, mira al Sol.

May this gran Union have no end!, dice el poeta.
Puedan ambos juntarse, en plenitud, en concordia y esfuerzo.

En esta "Salutación al águila" predica la colaboración entre las Américas, y revela en ella su esperanza:

Que la latina América reciba tu mágica influencia
Y que renazca nuevo Olimpo, lleno de dioses y héroes!

Sería erróneo suponer que Rubén Darío se había "pan-americanizado" de repente (como lo cuenta él mismo en su "Epístola a la señora de Leopoldo Lugones"), bajo la influencia de la Conferencia Panamericana de Montevideo, y la misión de buena voluntad de Elihu Root. Ni tampoco sería posible atribuirle falta de estabilidad en sus opiniones. Lo que en Darío se ve es la vieja pugna entre el continentalismo romántico de principios del siglo XIX, por una parte, y la nueva orientación política de sus fines, pugna que caracteriza toda la historia y la política internacional de la América ibera, desde su Independencia. En Rubén Darío vive aún el sueño de un Continente Unido, del "Alma América". No hay en él una contradicción esencial, por eso no tenemos que disculparlo, como trató de hacerlo José Enrique Rodó, afirmando que "los poetas de individualidad poderosa tienen, en sentir de uno de ellos, el atributo regio de la irresponsabilidad". (1)

La actitud de Darío expresa la tragedia histórica de la América de habla española: el conflicto entre el continentalismo tradicional (americanismo) y el temor al "Coloso del Norte". Es un conflicto de orden emocional que causa cambios a veces repentinos del pesimismo al optimismo, y viceversa. Los sentimientos de grandeza y decadencia, de peligro y gloria, son característicos de Darío, y lo son también de muchos sociólogos iberoamericanos:

...Tu pobre América
...Es una histérica
de convulsivos nervios y frente pálida.

("A Colón").

Rubén Darío adopta el programa positivo de política iberoamericana y predica la necesidad de que se unan todos los pueblos de la América

que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

("A Roosevelt").

La idea de "un continente" fué reemplazada por la de "la América nuestra". Darío había perdido su patria continental, y también la bella "Atlántida" que tan a menudo nombra en sus poemas, y por lo mismo trata de hallar otra nueva. En él irradia y suspira la nostalgia de la Patria Grande, la de los Estados Desunidos, como defensa contra los Estados Unidos, como imitación parcial de ellos, como una necesidad histórica. No sólo dos, sino tres almas luchan en su pecho. Como americano, no puede olvidar el viejo sueño amado continental; como "latino", tiende hacia Europa; como iberoamericano, predica la unión contra el peligro yanqui... No sólo en alma, sino en cuerpo, hizo Darío sus peregrinaciones y cruzadas, por la América Central, por la del Sur, por la del Norte, por Europa... Nicaragua imprimió en él un íntimo sentimiento de temor: allí nació su pesimismo; Buenos Aires —siempre orientada hacia lo europeo— influyó mucho en él, y lo atrajo como posible núcleo central de la futura Unión: allí echó alas su optimismo; Francia y España le dieron su "vino" y el "cristal" en que beberlo.

De este modo Rubén Darío, como Manuel Ugarte, como Rufino Blanco-Fombona, como José María Vargas Vila y otros exilados voluntarios o involuntarios en Europa, comienza a buscar un nuevo equilibrio en el Continente americano, y abandona en parte su continentalismo geográfico en favor de la gran Familia racial latina:

Soy un hijo de América, soy un nieto de España

declara, cuando dice de Chocano, que

vive de amor de América y de pasión de España.

Y luego, ampliando el círculo de sus afectos:

“Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida de París”.

Y, presintiendo la guerra de muerte que se acercaba, y “el viento que sopla del lado del férreo Berlín”, llama a todos a la defensa de su “querida”, la “cara Lutecia”, y les pide a los franceses que abandonen “sus locas faunalias” y su “fiesta divina y mortal”, porque si no podrá temblar el Arco Triunfal al ruido del *Tanhäuser*!

Su programa político cristaliza ahora: lo que más quiere es que se unan los pueblos de habla española, los hijos todos de “la América nuestra”, “la América ingenua, que tiene sangre indígena”. Tiene el programa, e invita a la acción:

¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?

¿Callaremos ahora para llorar después?

Estos nobles hidalgos y bravos caballeros los encontró más tarde en la Argentina. En verdad, el *Canto a la Argentina* contiene un vasto y verdadero programa político, que corresponde a los objetivos de la sociología argentina contemporánea, y a la política de aquella próspera nación. Darío sueña entonces con la “más grande Argentina futura”, y su ideal político-cultural es “crear otra España en la Argentina universal”. Y lleno de fe y de optimismo, espera y proclama:

Argentina, tu día ha llegado!

Da el título de “amado patriarca continental” a Mitre, y cree que las naciones de Iberoamérica (“cachorros sueltos del león español”),

son las próximas hermanas

las que le proclaman primera (a la Argentina)

en el programa familiar.

Afirma entonces que en “la balanza que forma el continente americano, es la República Argentina la que hace el contrapeso a la pujanza yanqui, la que salvará el espíritu de la raza y pondrá coto a más que probables y probadas tentativas imperialistas”. (2)

No encuentro inestabilidad alguna en las ideas de alta política que preocuparon a Darío, y que fueron eco de la evolución iberoamericana y de las ideas políticas y tendencias de su tiempo. Adoptó el programa de la Unión iberoamericana (excluyendo al Brasil) bajo la dirección de la Argentina; se sintió doblemente atraído por Francia y por España, y le dió forma poética a la propaganda de Manuel Ugarte.

III

Los conocidos propagandistas de la Unión, los nuevos cruzados, aún andan en busca de la Patria Grande. Rubén Darío, peregrino que dividió su vida y sus afectos entre la pequeña Nicaragua y los continentes de Europa y América, fué más afortunado al final de su vida. Así nos dice en su "Retorno":

Si pequeña es la Patria, uno grande la sueña.
Mis ilusiones, y mis sueños, y mis
esperanzas, me dicen que no hay patria pequeña,
y León es para mí como Roma o París.

Terminó "*une existence errante et fantastique de pelerin du rêve a travers le nouveau et le vieux monde*", (3) con el alma llena de la patria natal, aspirando el grato perfume de su León de Nicaragua...

J. F. NORMAND,

Newton Centre, Mass.

(1).—*Hombres de América*, Barcelona, 1920, p. 158.

(2).—*Prosa política*, (las Repúblicas americanas), p. 3.

(3).—Francisco Contreras, *L'esprit de l'Amérique espagnole*, París, 1931, p. 25.